



*Revista de Fomento Social*, 51 (1996), 517-522

# X Reunión del Grupo de Fomento Social

Madrid, 30 noviembre - 1 diciembre 1996

---

*Ildefonso CAMACHO LARAÑA S.J. (\*)*

---

El tema escogido para este encuentro fue: «La crisis de la política». Para abordarlo fueron invitados dos personalidades de la vida política española: Ignacio Sotelo y Eugenio Nasarre. El Grupo se reunió en el mismo lugar en que viene haciéndolo los últimos años: Casa de Espiritualidad de las Esclavas del Sagrado Corazón, en Madrid (c/ General Martínez Campos). El número de participantes se elevó a 45, entre los que se contaban cuatro jesuitas portugueses y dos residentes en Roma. Aunque el Grupo de Fomento Social está compuesto sólo por jesuitas, este año asistieron también algunos que no lo son.

---

(\*) Profesor de la Facultad de Teología de Granada y de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales - ETEA, de la Universidad de Córdoba.

---

**CRONICA**

---

## Las dos personalidades presentes

Es importante destacar algunos rasgos de los dos invitados, porque así se comprenderá mejor el enfoque de estas jornadas de reflexión. Pertenecientes a tradiciones ideológicas diferentes, ambos coinciden, sin embargo, por su actitud de distanciamiento crítico frente a los partidos a los que más próximos están. El caso de Ignacio Sotelo es bien conocido: miembro de la Ejecutiva socialista en la primera etapa de la transición, tardó poco en abandonarla por diferencias con sus dirigentes más señalados y con la forma en que éstos enfocaron las tareas de gobierno desde que llegaron al poder: pero su lejanía geográfica -es catedrático en la Universidad Libre de Berlín- no le ha impedido seguir de cerca la evolución del socialismo español y manifestar de modo rotundo y público sus discrepancias con él. Eugenio Nasarre, por su parte, accedió a la UCD desde la corriente democristiana y ocupó cargos de relieve, especialmente en el Ministerio de Justicia (Director General de Asuntos Eclesiásticos, Subsecretario). Tras el desplome del partido centrista, ha permanecido más de una década alejado de la política hasta retornar a ella incorporándose a las filas del PP -desde sus mismas convicciones democristianas y tras no poca reflexión-: en el actual gobierno ocupa el puesto de Secretario General de Educación y Formación Profesional.

Estas biografías, sólo insinuadas, dejaron un reflejo indudable en las intervenciones de ambos. La de Ignacio Sotelo fue propiamente una ponencia sobre la crisis de la política, estudiada preferentemente desde el análisis politológico. A Eugenio Nasarre, en cambio, se le había pedido más bien su testimonio personal. Con estos enfoques diferenciados y con inspiración ideológica diferente también, la presencia de uno y otro contribuyó a fecundar las reflexiones de todo el grupo.

## La ponencia de Ignacio Sotelo

Ignacio Sotelo partió de una paradoja: nunca la democracia había gozado de mayor prestigio que ahora, pero nunca como en estos años se habían acumulado tantas críticas contra ella. En una primera aproximación estas críticas podrían interpretarse como algo positivo, en cuanto expresión indirecta de aprecio por un sistema que se desea sanear; podría incluso pensarse que, al no encontrar ya la democracia una alternativa imaginable tras la caída del colectivismo, hay menos

temor social a criticarla. Sin embargo, el problema parece más hondo y había comenzado a manifestarse ya antes de 1989. Porque ya en los años 70 hablaba la izquierda de crisis de legitimidad y la derecha de ingobernabilidad creciente de la democracia: aunque eran dos críticas muy distintas, ambas se reforzaban mutuamente y dejaban en claro la insatisfacción social con el sistema político.

Hoy la situación es, sin duda, más grave: existe una verdadera irritación de los ciudadanos ante los políticos, una auténtica exasperación, que desemboca en un desentenderse de la política por cansancio y por hastío. La causa última de este malestar es la incapacidad de las instituciones políticas para hacer frente a los nuevos desafíos: a la velocidad del cambio responden las instituciones con un fuerte inmovilismo; y, lo que es más grave, para disimular esta inadaptación se recubren de una falsa apariencia que les hace presentarse como distintas de lo que realmente son; la consecuencia de todo este proceso es que las instituciones terminan sirviendo a fines distintos de los que las legitiman (lo que constituye la esencia misma de la corrupción). El parlamento es, sin duda, un caso paradigmático de esta especie de esquizofrenia intelectual.

Sin embargo, todas estas deficiencias no son de ahora. Si hoy producen esa irritación es porque la democracia ha perdido lo que era su más radical legitimación: el bienestar social, ahora puesto en cuestión por la crisis reciente, y en especial por el desempleo estructural. Esto significa que democracia y Estado de bienestar son dos instituciones indisolublemente vinculadas. Por eso, el gran reto de hoy consiste en saber si la democracia podrá sobrevivir a la crisis del Estado de bienestar.

Cuando se plantea la superación de la crisis y la recuperación del pleno empleo, se tropieza con una dificultad ulterior: la globalización. Se dice a veces que estamos volviendo a un capitalismo desregulado. Sin embargo, sería inexacto pensar en un mero retorno al pasado porque el contexto no es el mismo del siglo XIX: ahora la desregulación no es mera voluntad de los Estados, sino algo que viene impuesto a éstos y que les reduce a la impotencia. Es más, en este sentido la regionalización no hace sino reforzar estos efectos de la globalización, en cuanto que disminuye aún más los poderes del Estado. En una palabra, el Estado está perdiendo su base social: si la democracia antigua se apoyó en la polis y la democracia representativa moderna en el Estado nacional, hoy la crisis de nuestra democracia puede explicarse también desde la pérdida de lo que ha sido su base social.

## La intervención de Eugenio Nasarre

La intervención de Eugenio Nasarre fue más breve, como un simple punto de partida para el diálogo. Destacó, para empezar, la trascendencia de los acontecimientos de 1989. Y es que desde ese momento nuestro universo político ha dejado de estar marcado por el *homo ideologicus*, para entregarse al debate de los problemas concretos dentro de una doble coordenada que se da por indiscutible: la democracia y la economía de mercado. Pero esto ha acarreado a los partidos un delicado problema: el de la pérdida de su identidad. Los partidos se han convertido en entidades muy flexibles y abiertas («partidos-*ómnibus*», los llaman algunos). Si se excluyen los nacionalismos, apenas queda hoy una propuesta ideológica capaz de movilizar a los pueblos. Por consiguiente se hace necesaria una redefinición de todos los partidos, que siguen siendo hoy los sujetos fundamentales, aunque no únicos, de la vida política. ¿En dónde cifrar esa redefinición? En ciertos puntos ante los que es preciso tomar postura, tales como el papel del Estado, la relación con Europa y su futuro, la libertad de mercado, etc. Por otra parte, esa falta de identidad se une a un cierto abandono de las reglas de juego tradicionales de la política, lo que conlleva de hecho la introducción de ciertos hábitos que enturbian considerablemente la vida política.

Desde su dilatada experiencia en dos etapas, separadas por una década de ausencia formal, destacó Nasarre cómo la situación había cambiado tan veloz como radicalmente: entre los signos más espectaculares de este cambio señaló la fuerte privatización de lo religioso, mucho más profunda y arraigada de lo que pudiera parecer a primera vista, y el estrechamiento de los márgenes de actuación que tienen los partidos y los gobiernos hoy.

### El debate

El debate que siguió a ambas intervenciones fue variado y, en los dos casos, resultó insuficiente. El mantenido con Ignacio Sotelo se centró más en aspectos filosóficos e históricos, siempre intentando comprender mejor la esencia de lo político y descubrir así los motivos de su crisis presente. En el diálogo con Eugenio Nasarre predominaron cuestiones más concretas, muchas veces ligadas al gobierno actual y al proyecto regeneracionista del PP para esta etapa política que le ha tocado pilotar. Se preguntaban algunos si este proyecto regeneracionista

no era excesivamente voluntarista, como si no existieran condiciones objetivas de la crisis, que es preciso analizar y combatir con remedios estructurales; a otros les inquietaba esta desideologización, como si tras ella se ocultara el deseo de olvidarse definitivamente de las grandes opciones y limitarse a afrontar los problemas de más corto alcance, aquéllos que no llegan a cuestionar radicalmente al modelo social vigente...

### Otros contenidos del encuentro

Esas dos intervenciones y los diálogos que le siguieron ocuparon toda la jornada del sábado. La mañana del domingo se dedicó a otras cuestiones. Más o menos directamente relacionadas con el tema, se presentaron tres comunicaciones: «El modelo americano y el modelo alemán» (Alberto López Caballero, Madrid), «Redefinir la izquierda» (Jaime Loring, Córdoba), «Educación política para la democracia: ante la crisis de la política, una respuesta para ahora» (José María Margenat, Sevilla - Francisco de la Torre, Córdoba).

Michel Czerny, Director del Secretariado Social de la Compañía de Jesús (Roma), dio cuenta de la marcha de los trabajos que se están llevando a cabo en Europa para elaborar un directorio de apostolado social en la Compañía a escala mundial. Se trata en él de recoger la experiencia de estos últimos 20 años -desde las grandes opciones de redefinición del carisma de la Congregación General 32, que centra la misión de la Compañía en el servicio de la fe y la promoción de la justicia-: desde dicha experiencia se pretende expresar ahora lo que los jesuitas quieren hacer en este terreno, al que se ha preferido dar esa denominación pretendidamente amplia de «apostolado social».

Por su parte, Josep Miralles, de Barcelona, informó de su participación en un grupo de trabajo de jesuitas europeos que pretende diseñar las grandes líneas de la respuesta de la Compañía a los retos principales que plantea la realidad de Europa. Los participantes de Portugal ofrecieron también una breve información sobre la situación de este país, sobre la Iglesia y sobre la Compañía de Jesús en él.

La reunión concluyó con la asamblea estatutaria del grupo. Tras una breve evaluación del encuentro de este año, se pasó a programar el de 1997. De entre los numerosos temas propuestos se seleccionó el de la Unión Europea. En un intento de concretar mejor el enfoque para abordar un tema tan polifacético, se

decidió que no se perdiera de vista el conjunto de todos los aspectos implícitos en la construcción de la Unión Europea, pero se sugirió también que el primer objeto de estudio fuera la unión económica y monetaria (que será, de aquí a un año, cuestión de máxima actualidad, ya que es el final de 1997 la fecha fijada para determinar qué países han cumplido por fin los criterios de convergencia de Maastricht).

### **Un balance muy apresurado**

Si se me pidiera un balance personal del encuentro destacaría un aspecto: el convencimiento de que la crisis de la política no puede ser banalizada. No cabe reaccionar ante ella con una dura -y en muchos casos justificada- crítica de los políticos. El análisis de lo que está ocurriendo -y no sólo en España- muestra que el problema sólo puede ser entendido desde los cambios múltiples de la sociedad nacida de la Ilustración en este nuevo marco de la «aldea planetaria». Le haríamos un flaco servicio a la sociedad -nos haríamos un flaco servicio a nosotros mismos- dejándonos llevar de la tentación de indiferencia, o del hastío derivado de una resistencia inconfesada a entrar en el análisis de los distintos aspectos de la crisis de la política.